

Entretanto, las tropas alemanas habían vuelto á acampar, lo propio en el Norte que en el Sur, en territorio pontificio, como represalias de la resistencia invencible que Clemente XI oponía al reconocimiento de Carlos III. El territorio que mas depredaciones sufrió entonces fué el de Ferrara, procediéndose además á una revision de los derechos de la curia sobre esta legacion que en 1538 el papa Clemente VIII había arrebatado á la casa de Este, como supuesto feudo pontificio vacante, y unido á los Estados de la Iglesia, y que el duque Reinaldo (Este) de Módena esperaba recobrar con ayuda del emperador. Por de pronto, las tropas imperiales avanzaron en mayo de 1708 sobre Comachio, plaza fuerte situada en las lagunas, que en aquella misma ocasion habia hecho suya la curia romana y que era considerada como feudo del Imperio (1), se apoderaron de ella y reconstruyeron sus fortificaciones, habiéndose dicho en Roma que sobre una de sus puertas grabaron la inscripcion siguiente: «*Josepho Imperatori antiqua Italia jura repenti*» (2).

Esta fué la primera ocupacion hecha en son de guerra de una ciudad de los Estados de la Iglesia. El Papa dirigióse personalmente al emperador José por medio de una enérgica carta en la que, despues de hacerle ver las terribles penas con que las leyes eclesiásticas castigan á los que á la Iglesia roban, le excitaba por última vez á que no manchara su impetuosa juventud con un escándalo dado á toda la cristiandad ni comenzara su gobierno con una afrenta á la Iglesia de Cristo y á su Apóstol (2 de julio de 1708) (3). Como era de esperar, ningun efecto produjo en Viena el enérgico lenguaje de la curia romana, en vista de lo cual el Papa se creyó obligado á apelar á las armas, haciendo, en efecto, sus aprestos militares durante el verano de 1708 y logrando á fuerza de dinero reunir un pequeño ejército, como todos los ejércitos pontificios, insuficiente y mandado por jefes ineptos que fácilmente habia de ser vencido por las aguerridas tropas imperiales. Este acto del Pontífice tuvo para los alemanes la ventaja de permitirles extenderse ya sin contemplacion alguna por los territorios y ciudades de los Estados de la Iglesia, pudiendo decirse que á la terquedad del Papa (4) tuvieron que agradecer los buenos cuarteles de que disfrutaron durante aquella campaña.

De nuevo, pues, estuvieron armados frente á frente el emperador y el Papa; pero en vano fué que Clemente XI hiciera ondear en la plaza de San Pedro su bandera de guerra con el lema «*Domine, defende causam tuam!*», pues á pesar de ello vióse completamente abandonado y entregado á fuerzas superiores á las cuales le era imposible resistir. El único de quien podia esperar auxilio, Luis XIV, despues de haber renunciado á Lombardía y perdido á Nápoles no tenia tropas para defender los Estados de la Iglesia y no supo en definitiva hacer por el Pontífice mas que darle el astuto consejo de que huyera de Roma y fijara su residencia en Aviñon bajo la proteccion del gobierno francés.

Extraña complicacion de las cosas: del ejército imperial que en tan grave aprieto ponía al Papa, formaban parte im-

(1) Muratori escribió algunos años despues un trabajo especial titulado: *Exposicion de los derechos del Imperio y de la casa de Este sobre la ciudad de Comachio*, 1712.

(2) Buder, tomo II, pág. 138.

(3) Esa carta ha sido impresa, entre otras, en *Cancillería del Estado*, tomo XIII, pág. 622, de Faber. La otra carta del Papa aun mas enérgica de 16 de junio, que suele citarse como relacionada con el mismo asunto y que se inserta en la citada obra, tomo XIII, pág. 626, debe ser considerada con Noorden (III, 337) como falsa aunque aparecida en aquel entonces.

(4) Terquedad muy parecida á la de aquel que se empeña en no entregar voluntariamente la bolsa á la primera intimacion del robador.

(N. del T.)

portante los regimientos prusianos, las tropas brandeburguesas protestantes que habían combatido en Turin y ayudado á conquistar á Nápoles y que á la sazón estaban acuarteladas en los Estados de la Iglesia; y estas fuerzas que constituían un contingente auxiliar de las imperiales tenían que hacer al propio tiempo y por su propia cuenta la guerra al romano Pontífice.

Desde que Federico I se ciñó la corona real prusiana, sin que de ello reportara ventaja alguna la Iglesia católica, la curia romana sentía no poca animosidad contra el nuevo reino de Prusia (5). Puestos luego los prusianos, en la gran guerra de sucesion que tenia conmovido al mundo entero, al lado de los Habsburgos y Clemente XI en favor de los Borbones, la reconciliacion entre Prusia y el Papa hacíase cada vez mas difícil. Cierto que el padre Vota continuaba siendo una persona con mucho agrado vista en la corte de Berlin y que lejos de renunciar á sus planes acariciaba aun la esperanza de hacer volver algun dia á los jesuitas á la capital de Prusia (6); pero mientras el flexible padre seguía particularmente una política conciliadora, las manifestaciones de los órganos oficiales de la Iglesia católica eran de continuo causa de rozamientos. Una cuestion sobre el derecho de embajada fué motivo de violentísimo choque. Había Federico I enviado á Colonia como residente fijo á un cierto señor de Diest y solicitado que este, como era en todas partes costumbre diplomática, pudiese tener en su casa el culto reformado. Enérgica resistencia opusieron á tal pretension las autoridades municipales y en Berlin consideróse, con razon, que el clero católico y especialmente el nuncio pontificio residente en Colonia eran los que con mas empeño trataban de impedir que un culto herético manchara aquella ciudad calificada de santa.

Federico I, apoyándose en el derecho de gentes á la sazón existente, amenazó con tomar represalias, y en vista de que esta amenaza, varias veces repetida, no daba resultado alguno, dispuso en mayo de 1708 que las autoridades reales de Halle, Magdeburgo, Halberstadt y Minden retuvieran la mitad de las rentas del clero católico de aquellas ciudades y que si dentro de seis semanas no quedaba zanjada la cuestion de Polonia y no se daba al rey la satisfaccion debida le confiscaran la otra mitad. Respecto de los jesuitas cuya residencia en la provincia de Prusia era tolerada, decretóse que sus rentas fuesen confiscadas y sus personas sometidas á una *honestas custodia*. Además, el rey amenazó al residente imperial en Berlin con privarle del derecho de practicar el culto católico (7).

Mas duras fueron las represalias que en Italia tomaron las tropas prusianas allí acantonadas. Segun parece, la curia romana tenia el presentimiento de que la presencia de estas fuerzas heréticas podria ser utilizada para obtener una respuesta de Prusia á la protesta formulada por el Papa contra la coronacion, y el Pontífice indujo á los electores Juan Guillermo del Palatinado y obispo de Munster á que intercedieran cerca de Federico I para que respetara el territorio pontificio. El rey mostróse al principio dispuesto á atender las recomendaciones de los dos príncipes alemanes católicos, por mas que, segun decia, «el actual Papa se ha portado de una manera tan impertinente conmigo en la cuestion de la dignidad real que me ha sido conferida, que razones de sobra tendria para en esta favorable ocasion pagarle en la mis-

(5) Véase mas arriba.

(6) M. Lehmann: *Prusia y la Iglesia católica*, tomo I, pág. 396. Véase tambien esta obra para lo que sigue.

(7) Lehmann, tomo I, pág. 577: el plazo de seis semanas fué prorrogado en Magdeburgo y Halberstadt hasta dos meses «por especial clemencia y benignidad del emperador», pág. 580.

ma moneda á fin de que otra vez y en casos análogos se manifestara mas respetuoso y humilde hácia las potencias evangélicas (1).» Pero viendo que la Iglesia no cedía en la contienda de Colonia y que el residente prusiano era objeto de continuas ofensas, la corte de Berlin creyóse autorizada para abandonar la conducta prudente hasta entonces seguida y en su consecuencia ordenó al general prusiano Stille que en cuanto se le presentara coyuntura para ello tomara represalias en el territorio pontificio, que «dejara vivir á discrecion y por todo el tiempo que pudiera» á las tropas allí acantonadas y que significara á las autoridades pontificias que todo esto era consecuencia del proceder del nuncio del Papa en Colonia (8 de mayo de 1708). Cuando en el verano y otoño de 1708 los imperiales opusieron el estado de guerra á los aprestos militares del papa Clemente y el emperador José solicitó expresamente la cooperacion de las tropas prusianas para la campaña que iba á emprenderse en los Estados de la Iglesia, dióse orden á un cuerpo de ejército mandado por el mayor general Arnim (de si se uniera al ejército imperial para el indicado objeto (si se trataba de marchar sobre Roma), añadiendo el encargo de que de los cañones que se tomaran exigiera para Berlin «algunas piezas del mayor calibre con las armas del Pontífice.»

Los imperiales no tuvieron que sostener grandes combates con el poco menos que inútil ejército pontificio, que eyitaba, cuantas veces podia, todo encuentro, y lograron ocupar la mayor parte de los Estados de la Iglesia hasta muy cerca de la capital. Las tropas prusianas formaban parte de la expedicion y un valiente predicador castrense del regimiento de caballería del *Kronprinz* (heredero de la corona), que despues fué párroco en la Marca, pudo referir á sus feligreses, para edificarles, «que una vez desvanecido el primer temor y visto que los prusianos no eran unos caníbales, multitud de personas de Roma y de otros lugares de los Estados de la Iglesia fueron al campamento alemán y asistieron con gusto al servicio divino de campaña con las mas sinceras muestras de devocion á pesar de que no comprendían el alemán.» Refirió tambien que muchos alemanes á quienes se tenia en Roma por católicos porque habitaban en aquella ciudad, pero de cuyo culto religioso nadie se cuidaba, comulgaron con los soldados prusianos (2).

Entretanto, un embajador imperial, el marqués de Prié, negociaba en Roma la paz. Clemente XI, aun viéndose completamente solo, oponía la mas tenaz resistencia, diciendo que «antes que reconocer al archiduque austriaco como rey de Nápoles prefería dejarse conducir prisionero á Inglaterra (3);» pero la mayoría de los cardenales no era tan heroica, y descontentos por las privaciones á que por causa de las confiscaciones en todas partes decretadas por los imperiales se veían sometidos, pedían que se firmara la paz. Cuando el Papa les propuso huir al extranjero, los mas de ellos declararon estar dispuestos á sufrir el martirio por Jesucristo, pero no por el rey Borbon de España. El embajador imperial en Roma dió á comprender en son de amenaza que estaba investido de los mas plenos poderes y que á una simple señal suya el general Daun se dirigiria á marchas forzadas sobre Roma. ¡Roma tomada por tropas alemanas en su mayor

(1) Carta de Federico I al obispo de Munster, de 7 de diciembre de 1707; Lehmann, pág. 552.

(2) Segun las manifestaciones verbales del predicador castrense insertas en Buchholtz: *Ensayo de una historia de la Marca electoral de Brandeburgo* (Berlin, 1771), tomo IV, pág. 261. Debe consignarse, sin embargo, que ninguna garantía existe de la exactitud de las narraciones de aquel sacerdote.

(3) Noorden, tomo III, pág. 344; Brosch: *Historia de los Estados de la Iglesia*, tomo II, pág. 42.

parte herejes! La ciudad eterna no había olvidado ni podia olvidar el *sacco di Roma* de 1527, y las gentes se decían aterrizadas que como entonces los soldados protestantes alemanes esperaban con ansia llegase el dia en que pudieran asaltar Roma y entrar á saqueo en ella.

Hasta este extremo no podia llegar el Papa. El embajador imperial de Prié presentó el *ultimatum* en 15 de enero de 1709, y aquel mismo dia á las once de la mañana firmóse el tratado de paz entre el emperador y el Pontífice.

Este obligóse á licenciar su ejército y á conceder al Habsburgo Carlos el título de rey que le había negado: en cuanto á reconocerle tambien como rey «católico» de España, la cuestion quedó sin resolver en aquel momento y solo transcurridos algunos meses fué decidida en favor de Carlos III. El emperador, por su parte, prometió retirar sus tropas de los Estados de la Iglesia. Respecto de la restitucion de Comachio, del derecho pontificio de posesion sobre Ferrara y de la cuestion de Parma, nada se resolvió, dejando todos estos puntos sometidos á ulteriores negociaciones, á consecuencia de las cuales el Papa recobró á Comachio y las pretensiones del duque de Módena sobre Ferrara fueron desatendidas. Por lo tocante á si Parma y Piacenza eran feudos del Imperio ó del Papa, prácticamente el asunto era poco menos que indiferente; y como en el tratado se prometió al Pontífice que se le restituirían, tales como las pedía, sus atribuciones espirituales, puede decirse que Clemente XI salió de aquella crisis sin haber perdido nada. De la sumision que se vió obligado á mostrar hácia el emperador quiso el Papa indemnizarse procediendo con mas violencia que antes contra Federico de Prusia en la cuestion de Colonia; pero bajo la presion de las represalias por este tomadas contra los católicos prusianos, las autoridades municipales de aquella ciudad consideraron mas prudente llegar á un arreglo honroso con el poderoso Estado vecino aun á riesgo de incurrir en el desagrado pontificio (4).

CAPITULO V

DESDE ALT-KANSTADT HASTA MALPLAQUET

Los triunfos alcanzados por la Gran Alianza en 1705 y 1706 ofrecieron á las potencias beligerantes una serie de resultados prácticos que habrían podido servir perfectamente de base de inteligencia para la paz. No había que pensar para esto en que Luis XIV pudiera conseguir todo cuanto habia imaginado cuando aceptó el testamento de Carlos II de España en favor de su nieto: es decir, conservar para la casa de Borbon todos los territorios que constituían la herencia, pues Italia y los Países Bajos españoles debían considerarse ya como perdidos. Tambien era de muy dudoso éxito la solucion opuesta, es decir, el triunfo de todas las pretensiones formuladas por los Habsburgos, pues difícilmente había de lograr Carlos III vencer la resistencia que la mayor parte de la península española oponía á su dominacion y no era muy probable que las colonias españolas se declararan en favor de un príncipe alemán, de un Habsburgo que no disponía de una escuadra propia.

Natural fué, por consiguiente, que se volviera la vista hácia aquellos antiguos planes de reparticion con los cuales en otro tiempo la política de Guillermo III había tratado de evitar la guerra universal.

A Luis XIV hay que agradecerle, aunque no lo hiciera espontáneamente, el haber sido el primero en proponer la paz sobre la base de una reparticion de la herencia españo-

(4) Lehmann, tomo I, pág. 399.

la, sabiendo como sabía que se encontraba en las mas desventajosas condiciones para aquel reparto. Comenzadas estas tentativas en 1705, suspendiéronse y anudáronse distintas veces y en muchas ocasiones tuvieron los aliados en su mano la posibilidad de un convenio equitativo y provechoso que les permitiera conseguir el fin principal que al comenzar la guerra les había impulsado; pero el curso de los acontecimientos hizo que una tras otra fracasaran todas las tentativas y que la lucha continuara. La causa fundamental de estos fracasos estaba por un lado en la política dinástica de los Habsburgos que cada día acariciaba mayores y mas ambiciosas esperanzas, y por otro lado en las tendencias é intereses de la política de partido de los whigs que á la sazón tenía á su lado á toda Inglaterra y á toda Holanda y para la cual la continuacion de la lucha significaba la subsistencia de su poder político y de la explotación material de la guerra. Estas concausas hicieron que en el trascurso de los siguientes años fuera modificándose progresivamente el objetivo originario de la lucha: ya no bastaba arrebatar á Luis XIV el botín hispano de que se había apoderado, sino que era preciso un ajuste general de cuentas con Francia y, si la suerte seguía siendo favorable, hacer para siempre inofensiva á esta potencia.

Como la guerra presentaba un carácter cada día mas amenazador para Francia, Luis XIV, que estaba perfectamente convencido del estado de quebrantamiento de sus propias fuerzas, solo podía esperar un cambio de fortuna en el caso de que sus enemigos, atacados por otras partes, vieran debilitados sus medios de acción contra Francia por tener que atender á otras agresiones. Y á decir verdad comenzaban á dibujarse en el horizonte, por lo menos temporalmente, esperanzas de esta clase.

La revolución en Hungría había sido desde los comienzos de la guerra un poderoso aliado de Luis XIV contra el emperador, y nunca habían faltado al jefe de aquella, Francisco Rakoczy, los subsidios franceses. La que en su origen había sido rebelion de los kuruzzes y aldeanos, habíase pronto convertido, merced á la adhesión de la nobleza al principio vacilante, en levantamiento general de la nacion: «es la rebelion mas grande que jamás ha estallado en este reino,» escribía el embajador inglés en Viena, Stepney. Dejando aparte los detalles del levantamiento, que no serian aquí pertinentes (1), bastará á nuestro objeto decir que una gran parte de las fuerzas y de los mejores generales del emperador hubieron de dedicarse de continuo á la guerra de Hungría y la diplomacia francesa tuvo en todo tiempo buen cuidado de atizar la lucha, excitando la ambicion de Rakoczy é impidiendo una pacificación que habría permitido al emperador sacar sus mejores tropas de Hungría y llevarlas al Rhin. Y en efecto, Francia consiguió alucinar á Rakoczy, y cuanto mas se afanaba José I por llegar á una reconciliación razonable, cuanto mas se inclinaba el previsor partido húngaro favorable á la paz á poner fin á la lucha sin esperanzas con un tratado tolerable, tanto mas el caudillo revolucionario instigado por Francia empujaba á su partido y al país entero por la senda de un rompimiento implacable con Austria y de una separación violenta y completa de la Hungría. Las sangrientas violencias cometidas contra los jefes del partido de la paz en la Dieta confederada de Onod en junio de 1707, acallaron la oposición, y declarado vacante el trono húngaro, hizo cargo del gobierno provisionalmente Rakoczy. Concibióse entonces el plan de ofrecer la corona de Hungría al elec-

(1) Véanse *Manual de la historia de Austria* (IV, 55, 95), de Krones, y los trabajos de este y de Hoffer sobre la historia de la rebelion de Rakoczy en los tomos XLII y XLIII del *Archivo para la historia austriaca*. Véase tambien Noorden, tomo II, pág. 227, y III, 420.

tor Maximiliano Manuel de Baviera, protegido de Luis XIV, destinando á Rakoczy, en calidad de principado independiente, la Transilvania y una parte de la Alta Hungría. A este efecto se entablaron negociaciones con el czar Pedro de Rusia para llegar á una alianza, y tambien existió durante algun tiempo el proyecto de ganar para la revolucion el apoyo de Prusia ofreciendo al joven príncipe heredero, Federico Guillermo, la corona de San Estéban.

Mas en la situación en que estaban las cosas no era con aventurados proyectos de esta clase como podía destruirse de hecho la soberanía de Austria en Hungría. Enfrente de la actividad con que los agentes y las cartas de Rakoczy acosaban á casi todos los gabinetes europeos, incluso el divan de Constantinopla, tratando de presentar como la causa de todo el mundo su propia causa, presentábanse dos hechos de decisiva importancia: uno era que el mas famoso auxiliar, Luis XIV, se encontraba entonces por consecuencia de la marcha de la guerra de sucesion en situación tan comprometida que todas las esperanzas puestas en él resultaban quiméricas. El rey de Francia había utilizado en provecho suyo la revolucion húngara, atizándola y fomentándola para que la tranquilidad no reinara en aquel país, pero ya no podía prestar á los rebeldes verdadera ayuda y muy pronto pudo Rakoczy formular amargamente la queja de que «había sido para Francia la naranja que se tira despues de haberle exprimido el jugo.» El otro hecho era que Rakoczy no tenía á su favor todo el país ni mucho menos, y que á pesar del terror por él ejercido, ó quizás por esto mismo, muchos elementos habían abrazado la causa del emperador.

De este modo fué menguando cada vez mas la preponderancia militar que un día había tenido la insurrección. En aquella revolucion no surgió en el campo húngaro ningun talento guerrero sobresaliente, y cuando en 1708 se hizo nuevamente cargo del mando el temido general imperial Sigiberto Heister, las derrotas y las deserciones acabaron con el poder de Rakoczy, habiendo contribuido á ello, además de esas causas inmediatas, otras mas remotas, entre ellas la siguiente. Cuando, como hemos visto, el general imperial conde de Daun obligó á Clemente XI á firmar la paz ante la amenaza de marchar sobre Roma (2), una de las primeras consecuencias de la forzada sumision de la curia á los deseos del emperador fué la bula pontificia enviada á Hungría en 17 de agosto de 1709, en la cual se reconocia solemnemente la legitimidad de la monarquía de los Habsburgos y apelando á los sentimientos católicos del jefe de la insurrección se le excitaba á que prestase obediencia al emperador. Esta disposición pontificia fué causa de una nueva é importante disminucion del partido guerrero.

No entra en nuestros propósitos relatar en sus detalles la agonía del levantamiento de Rakoczy. Los elementos favorables á la paz y á un arreglo con el emperador dirigidos por los influyentes magnates Palfy y Karolyi fueron arrebatando cada vez mas al rebelde Rakoczy la dirección de los negocios públicos, y finalmente, sin contar para nada con el insurrecto, firmóse en 1.º de mayo de 1711 la paz de Szatmar, por virtud de la cual se realizó la pacificación de Hungría en condiciones muy tolerables desde los puntos de vista político y religioso y la reintegración de aquel país á la soberanía del rey Habsburgo Francisco Rakoczy, que se retiró á sus dominios de Polonia, no quiso aceptar la amnistía que le fué ofrecida adoptando la actitud de desterrado voluntario y de conspirador perpétuo en el extranjero. A pesar de lo desesperado de su situación, no abandonó un punto, achaque común á todos los emigrados, sus esperanzas de triunfo, y al

(2) Véase más arriba.

estallar pocos años despues una nueva guerra entre Austria y Turquía, creyó que lo que las potencias cristianas le habían negado lo conseguiría por el favor y la buena suerte de las armas del Sultan al cual se unió. Pero la paz de Passarowitz firmada en 1718 echó por tierra tambien estas esperanzas de Rakoczy, el cual como mercenario del Gran señor pasó los últimos años de su existencia en Turquía, donde falleció en 1735.

El encadenamiento de la revolucion húngara con las grandes luchas europeas había aprovechado muy poco á estas y Luis XIV no había podido afianzar con ella su fortuna vacilante.

Por aquellos mismos años, la situación especial que el triunfo de sus armas había creado al joven rey de Suecia Carlos XII ofreció otra posibilidad de apartar al emperador de su lucha contra Francia ante la amenaza de otro peligro. Hasta entonces las alternativas de la guerra de sucesion habían corrido paralelamente con las de la gran guerra del Norte, aunque sin ejercer unas sobre otras la menor influencia; pero llegó un momento en que pareció que los dos círculos iban á ponerse en contacto amenazando con refundir ambas guerras en una sola guerra universal. Si tal hubiera sucedido, las consecuencias del cambio habrían sido modificar por completo las enemistades y las alianzas.

Al llegar á este punto debemos examinar el curso de las luchas sueco-polacas que arrastraron consigo á una parte del Imperio alemán.

Con la victoria conseguida por Carlos XII sobre el ejército polaco-sajon en Franstadt (15 de febrero de 1706) (1), habían recuperado las armas suecas su preponderancia en Polonia, pero no se había conseguido con ello vencer y humillar por completo al rey Augusto II, el cual habíase aliado estrechamente con Pedro de Rusia, consiguiendo merced á esta alianza un ejército auxiliar ruso que le ponía en condiciones de sostenerse aun en Polonia. En vano cercó Carlos XII al ejército ruso encerrado en Grodno y en vano intentó tambien, cuando este se retiró á Rusia, cortarle la retirada emprendiendo una atrevida y violenta marcha al través de los pantanos de Polesia. Quizás hubiera tenido entonces buen éxito una invasión en el territorio ruso (2), pero Carlos rechazó nuevamente esta idea y volvió al antiguo y ya meditado plan, patrocinado por el rey intruso, Estanislao Leszcynski, de obligar al odiado enemigo á aceptar la paz y dimitir haciéndole la guerra en sus dominios alemanes, en la Sajonia electoral, es decir, en el territorio del Imperio germánico. Carlos XII no vaciló, pues, en violar públicamente la paz, calculando que un ejército de veteranos sueco y un hecho consumado impulsarían al Imperio y á sus príncipes á formular en la Dieta violentas quejas contra él, pero no á declararle la guerra.

Así es que dejando al rey Augusto con su ejército ruso-polaco en Lituania y llevándose consigo al monarca intruso Estanislao Leszcynski, Carlos XII atravesó sin escrúpulo el territorio imperial intermedio de Silesia, y cruzando la Lusacia penetró en setiembre de 1706 con 22.000 hombres en el electorado de Sajonia que se encontraba poco menos que indefenso. Los consejeros privados que gobernaban en Dresde no pensaron en oponer resistencia al invasor y se apresuraron á sacar del territorio las pocas tropas que en él había á fin de no convertirle en teatro de la guerra. Carlos prosiguió su no interrumpida marcha por Goerlitz, Bautzen, Meissen y Grimm hácia Leipzig y estableció su campamento

(1) Véase mas arriba.

(2) Carlson: *Historia de Suecia*, tomo VI, pág. 392.

entre esta ciudad y el campo de batalla de Lutzen, en la llanura de Alt-Ranstadt.

Con asombrosa rapidez logró el éxito que esperaba para su atrevida empresa. El rey Augusto II, apenas tuvo noticia de la incursión que el rey de Suecia proyectaba en sus dominios de Sajonia, adoptó las medidas convenientes para entrar en negociaciones. En Sajonia, en aquel país que tanto explotaba para sostener su régia pompa en Polonia y sus desdichadas campañas, estaban las raíces de su fuerza, sus propios dominios que tanto le producían: era, pues, preciso salvar allí lo que debía ser salvado, y á este efecto envió á Carlos, que aun estaba en camino, dos consejeros de su confianza, el presidente de la Cámara, Imhoff, y el canceller privado, Pfingsten. Las instrucciones que llevaban, y que con toda intención y astucia eran bastante vagas, les autorizaban «para tratar, concertar, otorgar documentos, firmar y sellar equitativa y cristianamente.»

Los dos infelices emisarios, á quienes Augusto II, despues de la batalla de Pultawa, desautorizó desdeñosamente y castigó con crueldad (3), no tenían mucho que negociar: Carlos XII mantenía desde el comienzo de la guerra de una manera inquebrantable la primera y decisiva condición para la paz, á saber: cesion de la corona de Polonia en favor de su protegido Estanislao Leszcynski. Esto y todo lo demás vieron obligados por la violencia á consentir los atemorizados consejeros sajones, quienes no pudieron pedir ni una sola vez, como les había sido ofrecido, la cooperación del Consejo privado que funcionaba en Dresde. El día 24 de setiembre firmaron los artículos de la paz de Alt-Ranstadt que les fueron presentados, y en virtud de los cuales Augusto debía renunciar á la corona polaca, romper todas sus relaciones con Polonia, sin que le fuera dado conservar otra cosa que el título de rey, separarse de la alianza con Rusia y aliarse con Suecia y Polonia que le prometían auxiliarse en caso de que el czar le atacara. Disponíase, además, en aquel tratado que el ejército sueco establecería sus cuarteles de invierno en Sajonia, corriendo á cargo de este territorio su manutención y su paga, y ocuparía temporalmente á Leipzig y Wittenberg. El celo protestante de Carlos XII enfrente del renegado sajón hizo que se incluyera entre las condiciones la de que el elector y sus sucesores mantendrían íntegra en Sajonia la iglesia luterana y no consentirían á los católicos la edificación de templos, escuelas y conventos. Otra condición exigió el odio implacable del rey de Suecia: que le fuera entregado Patkul.

Al agitador livonio no le habían salido bien las cuentas que echó al aliarse con Augusto de Sajonia-Polonia (4), en vista de lo cual habíase puesto al servicio del czar Pedro de Rusia creyendo que para vengarse de Suecia, devolver á Livonia el violado derecho del país y recobrar él mismo sus bienes y su patria, mejores garantías le ofrecían las victorias del poderoso moscovita que las continuas derrotas de aquel sajón dado á los placeres cuyas nulidad y lealtad dudosa hacíanse cada día mas patentes. Durante los años en que estuvo al servicio de Pedro el Grande, cuya confianza supo captarse, Patkul desempeñó un papel importante como colaborador inteligente en la reorganización del ejército y de otros organismos y muy especialmente como diplomático, y pareció identificarse por completo con los intereses del Estado ruso en una época en que todavía no se pensaba en que Livonia había de ser uno de los premios de la victoria del czar. Obra suya fué la alianza ofensiva y defensiva que en octubre de 1703

(3) Imhoff fué condenado á cárcel perpétua y al fin compró su libertad por 40.000 thalers; Pfingsten murió despues de treinta años de prisión que sufrió en Königstein.

(4) Véase más arriba.

se firmó entre Rusia y Augusto de Polonia, y desde aquella fecha vivió principalmente al lado de este como embajador ruso y comisario de guerra atento siempre en interés del czar á atizar de continuo la guerra de Polonia y á mantener á Augusto dentro de la alianza merced á los continuos refuerzos en hombres y dinero que por su intercesion le enviaba Rusia. Encargado de tan difícil mision, no podía menos de suceder que Patkul se viera envuelto de una manera muy activa, y probablemente por error y culpa propios, en la vida depravada de la corte sajona-polaca, agitada, como ninguna otra, por intrigas cortesanas y políticas, y que aquel livonio duro, sarcástico é implacable fuera muy pronto objeto de mortales enemistades, especialmente de parte de los consejeros sajones de Augusto II que, atentos á los intereses de su país, deseaban ardentemente la paz con Suecia.

Estos elementos originaron la catástrofe de Patkul. Cuando en 1705 un destacamento de tropas auxiliares rusas al servicio del rey Augusto hubo de retirarse, acosada por los suecos, al territorio sajón cuyo gobierno le trató muy poco hospitalariamente, Patkul, como comisario de guerra ruso, firmó con el gobierno austriaco un tratado en virtud del cual aquellas tropas, que era imposible entonces enviar á Rusia, fueron cedidas al emperador para que las utilizara durante una campaña. El conde Furstenberg, que gobernaba en Dresde en calidad de regente y en el lugar del rey á la sazón residente en Polonia, y todo el partido hostil á Patkul consideraron este acto como una grave arbitrariedad que constituía un atentado contra la soberanía militar del monarca, y poniendo preso al livonio, á pesar de su condicion de embajador, encerráronle en la fortaleza de Sonnenstein y despues en la de Königstein (diciembre de 1705). Enérgicas quejas formuló el czar Pedro por esta violacion del derecho diplomático, pero como su situacion en el teatro de la guerra de Polonia era bastante desfavorable, no pudo sostener con gran energia sus reclamaciones y Augusto II dejó hacer á sus consejeros sajones. La suerte del desdichado Patkul quedó consumada con la invasion del electorado de Sajonia por Carlos XII, pues como hemos visto, un artículo de la paz de Alt-Ranstadt disponia la entrega del livonio al vencedor monarca sueco, el cual estaba resuelto á dar completa satisfaccion al odio implacable que sentia hácia su desleal vasallo. El rey Augusto vaciló por espacio de dos meses en llevar á cumplimiento aquel artículo vergonzoso (1). Patkul rechazó las facilidades que para fugarse le fueron ofrecidas y en abril de 1707 fué al fin entregado á su mortal enemigo. El proceso y la sentencia no se hicieron esperar, cumpliendo la inquebrantable voluntad del rey, y en 10 de octubre de aquel mismo año Patkul fué cruelmente atormentado y muerto por traidor á su patria.

La paz de Alt-Ranstadt quedó concertada en toda forma. El rey Augusto II, que tuvo la mala suerte de derrotar dos semanas despues, en la batalla de Kalisch (29 de octubre de 1706), por vez primera en su vida y casi contra su voluntad á los suecos mandados por el general Mardefeld, vaciló durante algunos meses y dando pruebas de gran duplicidad

(1) Segun las investigaciones de Danielson para la *Historia de la política sajona, 1706-1709* (Helsingfors, 1878), las vacilaciones de Augusto estaban relacionadas con un atrevido plan que entonces concibió y que consistia en pretender la corona de Nápoles, fundándose en que descendia de los Hohenstaufen por parte de su madre Margarita, hija del emperador Federico II y esposa del margrave Alberto de Meissen: Carlos XII hacia depender su apoyo á este proyecto de la entrega de Patkul. Las referencias á esa obra que no he podido ver se encuentran en la *Revista histórica* de Sybel, tomo XLII, pág. 547, de donde tomo la noticia. Por lo demás, hablóse tambien públicamente de este plan y aun se publicó un folleto titulado *El derecho de la casa electoral de Sajonia sobre los dos reinos de Nápoles y Sicilia*, obra citada, 1707.

entre reconocer ó rechazar la paz, hasta que Carlos XII rompiendo la red de sus intrigas hizo publicar el documento en que habia sido estipulada, en vista de lo cual Augusto, des- enmascarado ya ante los ojos de su aliada Rusia, huyó de Polonia y se refugió en Sajonia. En una entrevista que celebró con el vencedor adversario pudo Augusto convencerse de que no era posible negociar sobre las condiciones aceptadas en Alt-Ranstadt, así es que se sometió firmando la paz que parecia habia de desvanecer para siempre las ilusiones que se forjara sobre el reino de Polonia (enero de 1707). A decir verdad, aquel acto no fué considerado desde un principio por él sino como una maniobra, merced á la cual obtendria la pronta retirada de los suecos de Sajonia: por lo demás, siguió tramando sus intrigas y esperando con impaciencia un cambio de fortuna.

Por de pronto su primer cálculo resultó fallido, pues Carlos XII no retiró su ejército de Sajonia, donde, siempre con nuevas excusas, permaneció casi un año á contar desde que entró en el electorado. Las tropas fueron distribuidas por el país y hubieron de ser abundantemente mantenidas y alojadas en buenos cuarteles; decretóse una contribucion de cerca de medio millon de thalers mensuales que se recaudó con gran rigor, especialmente de la nobleza, que se resistia á pagarla por estar exenta de todo impuesto. Esta recaudacion, de la que se encargaron los comisarios suecos, se llevó á cabo con mucho órden, pero tambien con implacable severidad militar.

El país arruinado pagó de una manera cruelísima los pecados cometidos como rey de Polonia por su soberano elector: desde la guerra de treinta años ningun territorio se habia visto tan dura y sistemáticamente y por tanto tiempo expoliado como Sajonia en aquella ocasion, Carlos XII dispuso en todas partes reclutamientos y organizó nuevos regimientos con el oro sajón, de modo que habiendo llegado á Sajonia con unos 20,000 hombres, al evacuar el electorado su ejército se componia de unos 35,000. La cantidad que la invasion sueca habia costado á aquel país fué calculada posteriormente en 23 millones de thalers.

La presencia de un ejército sueco en el corazon del Imperio, que si sostenia una guerra estaba indudablemente en plena paz con Suecia, era un hecho extraordinario: nunca el desgobierno y la desunion que caracterizaban á la política imperial alemana se habian mostrado en forma tan indigna como enfrente de aquel humillante acto de violencia del rey soldado de Suecia.

No vale la pena examinar las declamaciones de indignacion de la Dieta de Ratisbona que ningun efecto produjeron, pues en realidad cada uno de los príncipes del Imperio solo se cuidaba de averiguar qué era lo que debia esperar ó temer de aquel inesperado acontecimiento y de acosar á Carlos XII en su cuartel general con solicitudes demandando el auxilio de Suecia y la intervencion de esta potencia en las cuestiones que cada cual tenia pendientes en Alemania. Todos sometian á su consideracion sus litigios; todos solicitaban que fuera juez en ellos el que oficialmente era considerado como violador de la paz del país. Cuando era inminente la invasion sueca en el electorado de Sajonia, el rey Federico I de Prusia habíase ofrecido, aunque en vano, como mediador para la paz; pero á la sazón se reavivaron en Berlin las antiguas ideas de que la crisis del Norte podia ser explotada en provecho de Prusia, si no contra Carlos XII, median- te una inteligencia con él. Por tanto, firmóse en diciembre de 1706 un tratado por el cual Federico I prometió reconocer á Estanislao como rey, cosa á la que hasta entonces se habia negado, recibiendo á cambio de esto nada menos que la promesa de que Carlos XII le ayudaria á conquistar á Elbing.

El que mas directamente amenazado se veía por el ejército sueco de Sajonia era el emperador José I por lo que se referia á sus territorios hereditarios austriacos: Carlos XII habia emprendido su marcha por Silesia sin pedirle permiso y teniendo en cuenta que por allí habian pasado siempre que se les habia antojado el elector de Sajonia y el rey polaco Augusto. La política austriaca nada temia tanto como una complicacion con Suecia mientras durase la guerra de sucesion, pero habia mostrado de un modo harto evidente sus simpatías por Augusto II de Polonia y contra Estanislao el protegido de los suecos. ¿Qué seria si el príncipe guerrero del Norte queria volver á los antiguos tiempos de Gustavo Adolfo, si prestaba oídos á las sobradamente justificadas quejas de los protestantes silesianos y bohemios, si apoyaba á los insurrectos húngaros, si se dejaba conquistar por la diplomacia francesa y unia sus armas con las de Luis XIV? El sistema sábiamente combinado y hasta entonces mantenido de la separacion de las dos grandes guerras veíase seriamente comprometido.

Precisamente en esta feliz contingencia fundaba entonces sus esperanzas Luis XIV, al cual no se le ocultaba que si conseguia tener á su lado á Suecia en la guerra de sucesion, era muy posible que cambiara por completo la suerte. Por esto le buscó con empeño, y cuando en mayo de 1707 el mariscal Villars, como hemos dicho, tomó las líneas de Stollhofen y atravesó la Suabia devastándolo todo á su paso, aprovechó la estancia de Carlos XII en Alemania para ofrecerle sus respetos, y aun se supone que le propuso marchar juntos sobre Viena (1).

Tan grave conceptuaban los hombres de Estado de la Gran Alianza el peligro de una inteligencia entre Francia y Suecia que hicieron los mas extraordinarios esfuerzos para que tal desdicha no ocurriera. Existia en Viena un partido belicoso y avergonzado por la humillacion sufrida que aconsejaba recoger el guante arrojado por el sueco y aceptar la alianza ofrecida por el czar Pedro de Rusia, pero prevaleció la voz de la prudencia. La mejor parte del ejército imperial encontrábase en la Lombardia y en Nápoles, razon por la cual consideróse mas conveniente no intentar una nueva y atrevida empresa y se trató de descargar poco á poco la atmósfera que tan preñada de electricidad estaba, es decir, de destruir lentamente los efectos de la invasion sueca por medio de humildes negociaciones. Los directores de la política de las potencias marítimas sentian tambien grandes temores para el caso funestísimo de que el rey de Suecia se mezclara en la guerra de sucesion de la que hasta entonces con tanto empeño se le habia mantenido alejado, y á fin de evitarlo Marlborough se dirigió personalmente á Alt-Ranstadt en la primavera de 1707.

El experto diplomático supo captarse con sus adulaciones hábilmente utilizadas la confianza del rey y con sus cuantiosos regalos en dinero la de sus consejeros, y de esta suerte consiguió adquirir noticias muy tranquilizadoras acerca de las intenciones de Carlos XII.

En efecto, los proyectos del monarca sueco no habian sido nunca los que se temieron: sus creencias firmemente protestantes, en las que perseveraba cada vez con mas arraigado convencimiento, impedíanle perturbar la política anglo-holandesa y sobre todo aceptar la alianza que le ofrecia Luis XIV. Tender su mano al perseguidor de los hugonotes, al autor de la cláusula de Ryswick, cosa era que tenia por imposible Carlos XII, el cual hizo á Marlborough la proposicion, que este supo evadir hábilmente, de formar una gran alianza protestante entre Suecia, Inglaterra, Prusia y Hannover para la

defensa de los comunes intereses religiosos. De todos modos, el diplomático inglés adquirió la certeza de que el ejército sueco que estaba en Sajonia no seria utilizado para levantar el poder decadente de Luis XIV.

Pero esto no excluía la posibilidad de que Carlos XII llegara á estar en funesta desavenencia con el emperador. Gracias en parte á la mediacion de Marlborough, habíanse zanjado amistosamente muchos puntos discutibles; pero toda inteligencia pacífica pareció al fin que habria de fracasar por una cuestion religiosa. En su marcha al través de Silesia, Carlos XII habia sido saludado como salvador de los oprimidos protestantes silesianos, los cuales habian solicitado su ayuda para sacudir el duro yugo de la opresion que en punto á sus creencias religiosas ejercia sobre ellos el gobierno austriaco. En este concepto, el monarca luterano creíase en el deber de representar el papel de Gustavo Adolfo, y por ello exigió del emperador que diera reparacion completa á las quejas de los protestantes de Silesia en materia de religion y que restableciera el estado de derecho sobre la base del año normal de 1624 ó por lo menos sobre la de 1648. Otra exigencia, de la que al fin se desistió, tendia á que se concediera á la corona de Suecia y á los Estados protestantes del Imperio el derecho permanente de vigilar el exacto cumplimiento de las promesas imperiales y á que se les diera la seguridad de que su «intervencion é intercesion» tendrian la eficacia debida.

Muy duro era para la orgullosa corte de Viena acceder á las exigencias de Suecia y consentir en que un soberano extranjero interviniera autoritariamente en los asuntos religiosos interiores de un territorio hereditario del emperador. ¿Qué consecuencias podria tener el hecho de tolerarlo por una vez y para un país dado! Las negociaciones fueron difíciles. El emperador José sentia personalmente todo el peso de la humillacion que se le inferia; se acordaba de su antepasado Fernando II, que en una situacion comprometida análoga no habia querido ceder un solo ápice, y poco faltó para que promoviera un rompimiento.

Pero Carlos XII procedió en aquellas negociaciones con extraordinaria rudeza, y el mediador imperial, conde de Wratislaw, llegó á desesperarse y á aconsejar á su gobierno que cediera, escribiéndole (2): «No tengo que habérmelas con un hombre razonable, sino con un verdadero salvaje, y no digo mas por tratarse de una cabeza ungida.» El peligro estaba en que Carlos XII se dirigiera á Silesia y ayudara á aquellos protestantes, pues si luego viniera el rompimiento, los territorios hereditarios austriacos hasta el Danubio quedarían por de pronto abandonados casi sin defensa á las depredaciones de los suecos: «si esto sucede — escribia Wratislaw, — solo Dios omnipotente sabe cuándo podrán ser lanzados los suecos de los territorios imperiales austriacos.»

Por último, inquieto Carlos XII por las noticias que de Polonia recibia y deseando acabar rápidamente aquella guerra, cedió en lo relativo al año normal de 1624 y al derecho de inspeccion protestante en Silesia, pero mantuvo todas sus demás exigencias amenazando con invadir inmediatamente el territorio silesiano si el emperador no se sometia á sus pretensiones. En vista de ello, el conde Wratislaw firmó en 22 de agosto (1.º de setiembre) el convenio de Alt-Ranstadt que forma época en la historia del protestantismo silesiano y por el cual el emperador se obligaba á poner nuevamente á sus vasallos luteranos de Silesia en plena posesion de los derechos que les habian sido garantizados por la paz de Westfalia (3) y á devolverles las iglesias y escuelas que desde en-

(2) Noorden, tomo II, pág. 586.

(3) Instr. Pac. Osm., tomo V, párrafo 38.

(1) De Vogüé: Villars, tomo I, pág. 300.